

Capítulo 23 Hogar, dulce hogar.

El coche aparcó frente a la casa, con suavidad y sin ruidos bruscos. El silencio se apoderó de toda la calle, casi vacía... Ni siquiera Vergil podía entender cómo este coche, que hacía unos momentos circulaba a más de ciento veinte millas, podía ahora estar tan... ¿tranquilo?

Las luces estaban apagadas, y mentalmente lo agradeció. Al menos, no tendría que dar explicaciones esa noche.

"Espero que esté dormida..." murmuró, dejando escapar un profundo suspiro, tratando de recomponerse después de todo lo que había pasado en apenas unas horas...

Bueno, en realidad había pasado una semana, si contabas el tiempo que pasó en coma recuperándose en la mansión de Katharina.

—De acuerdo, escuchen —susurró, mirando a Katharina, Ada y Roxanne, que esperaban a que les diera las reglas—. Solo... entren sin hacer ruido. Mi mamá probablemente esté dormida. Pueden quedarse en mi habitación esta noche, pero por favor, no hagan ruido, o si no... bueno, no seré solo yo quien tenga que lidiar con esa loca, y créanme, está tan loca como todos ustedes juntos.

Las tres mujeres asintieron con expresiones serias, aunque había un destello de diversión en los ojos de Ada.

Roxanne estaba claramente demasiado cansada para causar problemas, mientras que Ada mantenía su habitual mirada desdeñosa, aunque era evidente que sentía curiosidad por pasar la noche en casa de Vergil. En cuanto





a Katharina... "¡Voy a dormir acurrucada con él!". Su rostro podía parecer serio, pero por dentro estaba a punto de entrar en pánico.

Abrió la puerta del coche lentamente, intentando no hacer ruido, y salió con cuidado, cerrándola con un suave clic. Los tres lo siguieron, caminando con cuidado, imitando el esfuerzo de Vergil por no despertar a nadie. Caminaron lentamente, sin hacer ruido; ni siquiera se oían sus pasos.

El aire de la noche era fresco y el sonido de las hojas susurrando en el viento era el único ruido alrededor.

Parecía que, por primera vez ese día, las cosas finalmente podrían calmarse.

Vergil abrió la puerta principal, empujándola lentamente. El interior de la casa estaba oscuro, salvo por el tenue resplandor de la luna que se filtraba por las ventanas.



—Uf... —Dejó escapar un suspiro de alivio. Todo iba según lo previsto, y si lograban atravesar el pasillo y subir las escaleras sin incidentes, podrían escapar ilesos esa noche.

En cuanto cruzaron la puerta, Vergil les indicó a los tres que lo siguieran. Ada cerró la puerta silenciosamente y el grupo avanzó por el pasillo con precisión casi militar.

Pero entonces, sucedió.

Cuando Vergil dio el tercer paso hacia las escaleras, el inconfundible crujido de una tabla del suelo llenó el aire.

El sonido fue como un disparo en medio del silencio.

Se quedó congelado en el lugar, con los ojos muy abiertos.

Un segundo después, todas las luces de la casa se encendieron a la vez, inundando el pasillo y la sala de estar con una luz blanca cegadora.

—¡VERGIL DAMIAN KENNEDY! —El grito cortó el aire, resonando por toda la casa como una sentencia de muerte.

Vergil cerró los ojos, deseando por un momento que la tierra se abriera y lo tragara, enviándolo de regreso al Inframundo, a esa suave cama en la mansión de Katharina.

Pero cuando volvió a abrir los ojos, su madre estaba en la sala, con las manos en las caderas y una expresión de furia absoluta. Su cabello blanco ondeaba con una brisa que él ni siquiera podía sentir. Vestía su ropa habitual: pantalones de chándal y una camiseta blanca ligera, y fácilmente podría confundirla con su hermana.

"¿ISABES QUÉ HORA ES?!"

Vergil suspiró, levantando las manos en señal de rendición. "Mamá, yo..."

¡NO! ¡NI LO INTENTES JUSTIFICAR! —Lo interrumpió furiosa—. ¿Crees que puedes DESAPARECER durante días sin enviarme un SOLO MENSAJE? ¡Ni una llamada, ni un mensaje, NADA?! ¿Tienes idea de lo preocupada que he estado?





Katharina, Ada y Roxanne se detuvieron justo detrás de Vergil, observando la escena con expresiones curiosas y divertidas. Claramente, ninguna de ellas esperaba encontrar a la madre de Vergil así: furiosa y desquiciada. Y, francamente, la mayoría se habría sentido intimidada, pero las tres mujeres sobrenaturales simplemente observaban con curiosidad, como si estuvieran viendo un espectáculo.

Vergil se frotó la sien con dos dedos, sintiendo que le empezaba a doler la cabeza. "Mamá, estaba ocupado..."

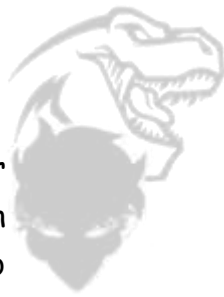
¡¿OCUPADO?! ¡¿OCUPADO CON QUÉ?! —su madre casi gritó, levantando las manos como si no pudiera creer lo que oía—. Estabas de viaje, ¿verdad? ¡Te crié mejor que eso, Vergil! ¡Al menos podrías haberme avisado! ¿Enviaste a una mujer a decírmelo? ¡Creía que eras mejor que eso, hijo desagradecido!

Vergil hizo una mueca al recordar que Katharina había mencionado haber lanzado un hechizo para hacerle creer a su madre que estaba de viaje a un lugar que aún no había descubierto. "Sí, un viaje...", murmuró, intentando no parecer demasiado culpable.

"Y AHORA APARECES EN MEDIO DE LA NOCHE CON... CON..." Hizo un gesto vago hacia Katharina, Ada y Roxanne, como si intentara procesar su presencia.

Finalmente, sus ojos se posaron en las tres mujeres y se quedó prácticamente boquiabierto.

La ira que ardía en sus ojos se apagó por un instante, reemplazada por confusión y, finalmente, vergüenza. "¿Quiénes... quiénes son?", balbuceó casi, mirando fijamente a las mujeres frente a ella.





Vergil respiró hondo, consciente de que estaba a punto de adentrarse en terreno peligroso. Avanzó, bloqueando parcialmente la vista de su madre hacia las tres mujeres. «Mamá... estas son mis... tres esposas». Decidió ser sincero; después de todo, ella se daría cuenta si mentía. Ella lo había criado, era su Wiki personal, lo sabía todo, hasta el último detalle, sobre Vergil.

Aun así, sus palabras la dejaron atónita.

La habitación cayó en un silencio ensordecedor.

Los ojos de Felicia se abrieron tanto que casi creyó que se le saldrían de las órbitas. Abrió y cerró la boca varias veces, como si intentara formar una frase coherente, pero no emitió ningún sonido. Parecía estar en completo shock, incapaz de procesar lo que acababa de oír.

¿Un hombre trae tres mujeres a casa?

Mientras tanto, Katharina, Ada y Roxanne estaban claramente divertidas por la situación.

Roxanne soltó una risita, que intentó disimular sin éxito como una tos, mientras Katharina esbozaba una sonrisa pícaro. Ada simplemente se cruzó de brazos, observando la escena con su habitual aire de superioridad.

Tras lo que pareció una eternidad, Felicia por fin logró hablar, aunque le temblaba la voz. "¿Tres esposas?"

Vergil asintió, intentando no parecer tan incómodo como se sentía. "Sí, mamá. Tres esposas. Es una situación... complicada."





—¿Complicado?! —repitió, alzando la voz de nuevo con incredulidad—. ¿Qué clase de situación tan complicada es esta, Vergil?! ¿Desde cuándo tienes... TRES ESPOSAS?

Vergil se rascó la nuca, sintiendo que el sudor le empezaba a cubrir la frente. "Es... complicado, mamá. Pero es algo... normal... para... el tipo de vida que llevo."

¿Normal?! ¡Nada de esto es normal! —exclamó, sacudiendo la cabeza como si intentara librarse de una pesadilla—. No... no puedo creer que tú... tú...

Se detuvo a media frase, al darse cuenta de que estaba frente a tres mujeres a las que, hasta entonces, había ignorado por completo en su furia. Sus mejillas se sonrojaron de vergüenza y dio un paso atrás, visiblemente mortificada por su comportamiento frente a ellas.



—Yo... ah... lo siento —murmuró, evitando mirar a las tres mujeres—. Yo... no sabía que ustedes...

"¿Sus tres esposas?", terminó Katharina, sonriendo de oreja a oreja. "Sí, somos nosotras".

"Es un placer conocerla, Sra. Kennedy", dijo Roxanne, aún con una sonrisa juguetona en los labios. "Vergil habla mucho de usted". Mintió sin esfuerzo, pero su madre no tenía forma de saberlo.

Ada permaneció en silencio, pero la mirada penetrante que dirigió a la madre de Vergil era inconfundible. Era el tipo de mirada que decía: «Ya te he juzgado y no me impresiona».



La madre de Vergil retrocedió un paso más, como si quisiera desaparecer. Negó con la cabeza lentamente, como si le costara comprenderlo todo. "Yo... yo no sabía..."

—Claro que no, mamá —dijo Vergil, intentando mantener la calma—. Iba a decírtelo, pero... las cosas se complicaron, y todo sucedió tan de repente...

"¿Complicado?!" repitió, todavía en shock. "Vergil, tú... tú desapareces, regresas en mitad de la noche, ¿y ahora me dices que tienes tres esposas? Eso no es complicado, eso es... eso es... Oh, me rindo."

Se detuvo de nuevo, claramente sin palabras. Finalmente, dejó escapar un largo suspiro de cansancio, frotándose la cara con la mano. «No sé qué hacer con esto».

Vergil esbozó una leve sonrisa, intentando animar el ambiente. "Bueno... no tienes que hacer nada por ahora. Solo se quedan a pasar la noche. Podemos hablar más sobre ello mañana".

Ella lo miró, luego a las tres mujeres, y volvió a negar con la cabeza. "Creo... creo que necesito dormir bien antes de poder procesar todo esto".

Vergil asintió. "Sí... probablemente sea una buena idea."

Suspiró una vez más, lanzando una última mirada a las tres mujeres antes de darse la vuelta y subir las escaleras, murmurando algo sobre "este chico me va a preocupar hasta la muerte".





Podían oírla claramente quejarse mientras subía las escaleras... "Maldita sea..." "¿Poligamia? ¿En el siglo XXI? ¿Eres un jeque árabe o algo así?" "Al menos son guapas." "Maldita sea, son más guapas que yo."

Katharina sonrió, cruzándose de brazos. "Es adorable. Y yo que pensaba que íbamos a tener problemas".

Ada se burló. "Los humanos son tan... raros".

Vergil suspiró de nuevo, pasándose una mano por el pelo. "Muy bien, vamos a mi habitación antes de que cambie de opinión".

